

POEMARIO DE VIVENCIAS



RAMON EMILIO GIL BERMUDEZ

POEMARIO DE VIVENCIAS

Para el
cofratello
de quien pienso
que es el tiempo
de los procesos en que
sepmo que lo
instala para lo
maximo para lo

Juan Manuel Arreaza
J. M. A. Arreaza

Impreso y Diagramado por:

Indagraf Impresores

Carrera 34 No. 13 - 90

Teléfonos: (571) 201 2644 / 201 21 61

Ilustración de Carátula:

Juan Manuel Arreaza Gutierrez

Maestro en Bellas Artes

Universidad Jorge Tadeo Lozano

Juanm.arreaza@gmail.com

INDICE

	PAGS.
1. DEDICATORIA	2-2
2. AUTOBIOGRAFIA	3 - 11
3. POEMARIO PRIMERA PARTE	12-12
• GRACIAS A DIOS	13-30
• EL ABUELO	31-36
• EL NIETO	37-40
• EVOCACION	41-44

4. POEMARIO SEGUNDA PARTE	45-45
• DADME YA LA LIBERTAD	46-52
• SUPLICA	53-57
• LA CORRUPCION	58-61
5. POEMARIO TERCERA PARTE	62-62
• DETESTO TODO	63-67
• AFAN POETICO	68-74
• EGOISMO VS AMOR	75-77
• SOLEDADES	78-80
• ANSIEDAD	81-82

DEDICATORIA

El principal motivo que he tenido para escribir mis VIVENCIAS, es el deseo ferviente de expresar mi inefable gratitud por todos los dones y favores recibidos durante mi vida, a un Dios infinito y misericordioso y a todos los seres que puso en mi camino para que me ayudaran:

Mi patria, Mi Ejercito, Mis padres, Mis hermanos, Mi esposa, Mis hijos, Mis Nietos, Mis maestros, Mis compañeros del curso Bodas de Oro, Mis amigos, Mis compatriotas y los soldados de Colombia que resumen el alma nacional en su fortaleza y majestad.

El Autor.

AUTOBIOGRAFIA

X Nací en Fredonia, Antioquia, el tres de marzo de 1933, en la finca de mis abuelos paternos o sea que soy campesino antioqueño, "a mucho honor". Tuve dos hermanos solamente: una hermana casada con seis hijos y un hermano sacerdote, de quien se dice que era "un santo". Mis padres y hermanos ya fallecieron, pero no me siento huérfano, porque tengo la certeza que desde el cielo ellos me ayudan y protegen, como en vida lo hicieron. De no ser así, no sobreviviría.

X En 1938, con mis padres me trasladé a Armenia, unas veces caminando, otras a lomo de mula y otras en tren, en búsqueda de la "tierra prometida" que era y sigue siendo la prodigiosa región del Quindío. Este viaje, que duró dos días, fue expedito y

placentero, gracias a que aunque llevábamos con nosotros todo lo que teníamos, todo también era muy liviano y apreciado: muchas ilusiones en el corazón, un baúl lleno de ropa, trastos y cachivaches como único equipaje y setecientos pesos, en billetes de a peso, que mi papa guardaba, muy bien guardados en su faltriquera. Tal patrimonio, a pesar de lo exiguo, nos hacía sentir ricos y felices. Además, a mi particularmente por mi talante infantil de entonces, este viaje me colmó de múltiples emociones y visiones fantásticas, como si se tratara de un viaje por el "Pais de las maravillas", o así como hoy en día, el "mundo de Disney" llena de ensoñación la mente de los niños. Efectivamente, todo cuanto veía a mi paso era un descubrimiento: los caminos que se abrían, se perdían y reaparecerían; los horizontes que se dibujaban y desdibujaban sobre otros, con sol radiante o con luna; el río Cauca que rugía, murmuraba y sollozaba, sin que uno pudiera descifrar lo que sentía y quería decir, aunque me dió la impresión que mascullaba una pena; el valle mirando siempre al cielo y el cielo al valle, invitándonos ambos a no perder de vista sus colores. Las nubes, las aves, el viento, la lluvia, las vacas, los perros y en especial la gente

que topábamos en el camino me alegraban y emocionaban. Era gente nueva y distinta a la que conocía, pero igual o más amable, alegre, generosa y solidaria. Gente con el alma envuelta en bondad y el corazón en alegría y generosidad.

No hay nada comparable a la sensación que produce conocer gente, pero a decir verdad, lo que más impactó mi imaginación de niño fue ver el tren y para colmo de la emoción viajar en él. Empezando porque sorpresivamente, cuando estábamos abordándolo, el tren pitó, lanzó bocanadas de humo como un dragón furioso y escupió sobre nosotros partículas de carbón, algunas de ellas encendidas. Casi se me sale el corazón del susto pero después se calmó y se me llenó de júbilo, por haber sobrevivido a lo que parecía la "hora llegada". Toda mi conmoción quizás se debió a que se estaba haciendo realidad un sueño surgido de los juegos que durante largas horas a diario realizaba hasta quedarme dormido, con un trencito de lata que me habían regalado en Navidad y en el cual viajaba prendido a mi imaginación. Pienso que es algo parecido al sueño que

tienen los muchachos de hoy que quieren ser astronautas y viajar al universo a perseguir las estrellas y los astros que han visto maravillados recorrer el cielo y mucho más cerca en la televisión.

✓ A Armenia llegamos sin contratiempos y pronto nos instalamos en una casa que compró mi papa por \$ 370.00, o sea que le quedó un capital de \$330.00, para hacer negocios, que fue lo que hizo durante el resto de su vida. Estudié allí en la Escuela Pública y el Colegio Rufino J. Cuervo hasta cuarto año de bachillerato. Luego suspendí mis estudios por mi cuenta e irresponsablemente y contra la voluntad de mis padres. Entonces me puse a trabajar, primero como negociante de víveres y café en grano y después como maestro de escuela. En enero de 1955 ingresé a la Escuela Militar, confuso y desorientado respecto a mi presente y mi futuro. Este suceso considero fue el milagro salvador que me sacó de mi extravío y que atribuyo a las oraciones de mi madre, quien rezaba día y noche por todos sus hijos, especialmente por mí, pues era el mas discolo y desjuiciado y creo que estuve a punto de descarriarme.)

Hasta aquí, es el resumen de mi "vida civil", la cual al fin de cuentas fue muy feliz, pese a que en mi casa teníamos muchas estrecheces económicas y sufríamos algunos percances angustiosos; pero todas las privaciones y sinsabores fueron superados sin dejar huella, ni nostalgia, gracias a Dios y al inmenso amor que llenaba de dicha y calor nuestro hogar. Por éso los recuerdos que conservo de entonces, están colmados de la exquisita ternura que emana de las caricias maternas y la porfiada y severa protección paternal; de la tibieza acogedora del lecho blando y limpio en que reposaba; del sabor a manos cariñosas del pan cotidiano compartido por todos en el mesón de la cocina frente al fogón de leña, lleno de llamas danzantes y tizones alegres y crujientes y de los momentos de emoción vividos en comunión, en los cuales fundíamos nuestras almas y nuestros corazones.

Los dos años y medio que viví en la Escuela Militar como Cadete y Alférez, fueron al comienzo difíciles y agobiantes y muy dichosos al final. En más de una ocasión estuve a punto de

claudicar, pero me sostuvo el orgullo y más que todo el apoyo, la solidaridad y la amistad que me brindaron mis compañeros. A partir del segundo año las cosas cambiaron, debido a que la voluntad y el ímpetu juvenil se atemperaron y cedieron a la disciplina, pues uno empieza a encontrarle el sentido y la importancia a la carrera militar, hasta que finalmente, surge avasallante y vigorosa la vocación, de tal manera que uno piensa y siente que es la mejor, la que llena y satisface plenamente sus sueños, sus ambiciones y sus esperanzas. Desde entonces siempre he pensado lo mismo y he sido feliz. Mi vida militar, después de mi graduación como subteniente, el 20 de julio de 1957, la resumo mencionando las últimas posiciones que alcancé:

General

- Comandante General de las FFMM.
- Presidente del Tribunal Superior Militar.
- Ministro de Defensa (Encargado).

General (R)

- Embajador y Ministro Plenipotenciario de Colombia ante la Federación Rusa.
- Miembro de Número de la Academia Colombiana de Historia Militar

En el transcurso de mi desempeño militar me fueron otorgadas todas las condecoraciones que el Gobierno de Colombia concede a los oficiales que llegan al grado de General, siendo la más importante la Cruz de Boyacá y de especial orgullo para mí, la medalla Francisco José de Caldas, por haber obtenido el primer puesto en el Curso de Comando y cinco veces los de Servicios Distinguidos en Orden Público.

Como se advierte en la hoja de vida que he expuesto, soy una persona privilegiada y afortunada, pues recibí una serie de honores y responsabilidades enormes e inmerecidas, por lo que debo en primer término dar gracias a Dios y en segundo lugar a mi familia, superiores, compañeros y subalternos, quienes en

forma generosa sumaron sus fuerzas y bondades a mis escasas capacidades, validadas y valoradas por el acendrado amor a Colombia. Mi familia, que ha sido mi inspiración, mi sostén y la bendición de Dios, está conformada por mi esposa Carmen Beatriz Navia, cinco hijos y siete nietos. Todos ellos constituyen mi gran tesoro, mi orgullo y mi felicidad.

Estoy retirado del Servicio Activo desde 1995. Sigo ligado a mi Ejército, en cuerpo y alma y pienso con regocijo que lo estaré hasta el final, ya que tengo asegurado mi regreso a la Escuela Militar para mis exequias y de allí partir hacia la eternidad, con el mismo toque de clarines y redoblar de tambores con que nos despidieron hace 50 años, cuando nos graduamos como subtenientes.

Este es el recuento de mi vida que comenzó humildemente en un hogar campesino, dió un salto extraordinario y prodigioso cuando el Ejército de Colombia me acogió sin ambages en su seno y se tornó fecunda y feliz por el apoyo y amistad que me brindaron mis Superiores y compañeros, la lealtad de mis subalternos y lo más hermoso y significativo, el amor estimulante de mi familia.

POEMARIO

PRIMERA PARTE

GRACIAS A DIOS

(Cincuentenario Curso de Oficiales del Ejercito
"Bodas de Oro Escuela Militar")

I. Por nuestros seres queridos.

Gracias ¡Oh Dios!
por permitirnos vivir
y compartir
tantos años de emociones y alegrías,
con tantos seres queridos:

-Con nuestros padres
y hermanos,
algunos ya fallecidos,
a quienes siempre invocamos,
como ejemplo de bondad
y con fervor recordamos

en ese hogar bendecido
lleno de paz y armonía
donde aprendimos que el pan
ganado con el sudor,
sin temor y sin afán
y amasado con amor,
es alimento de vida
y fuente de felicidad.

-Con nuestras
esposas e hijos,
quienes con su amor prolijo,
rotundo, incondicional,
nos enseñan a apreciar,
a comprender y sentir,
qué es amar
y qué es vivir.
Así nuestra vida entera,
se hace amable y placentera,
por la unión,
la comprensión,
el calor y la ternura,
impresos en sus caricias,
que impiden que la amargura
se albergue en el corazón
y permiten la primicia
de disfrutar el amor.

-Con nuestros sabios

maestros
de las ciencias militares,
cuyas vidas ejemplares
formaron nuestro carácter:
austero, altivo y tenaz,
de líderes conductores,
de soldados en la guerra
y en la tan soñada paz;
nos mostraron que el camino
para alcanzar el destino,
era largo y tormentoso,
pero el más noble y glorioso
que podíamos soñar;
nos enseñaron a amar
a la patria soberana
y a nuestros fieles soldados,
cuya condición humana,
su valor y patriotismo,
los impele al heroísmo
sin temblar, ni vacilar.

-Con nuestros
compañeros,
del Curso Bodas de Oro,
que en un sublime momento,
con nuestras voces en coro
gritamos el juramento,
de defender la bandera
y hacer que altiva y señera,

cabalgando sobre el viento,
batiera libre sus pliegues,
pintados de mar y sol,
de cielo y rojo arrebol,
en su máximo esplendor.

Fue nuestro juramento
un bello acontecimiento
de inusitado fervor:
a nuestro intenso clamor
respondieron con estruendo,
en un gesto solidario,
la voces de los cañones,
lanzadas con aspaviento,
de sus gargantas de fuego.

Y luego...

vino el "toque de silencio",
desgarrador y sin fin,
del solitario clarín,
cuyo eco languideciente
llega al confín
y al poniente de las almas,
y las hace estremecer.
Y es que el "toque de silencio",
es la queja conmovida,
que la madre patria canta
en su adiós de despedida,
a su hijo en la partida,
o es su grito desolado,

por el héroe inmolado,
que ha pronunciado su nombre,
al entregarle la vida.

Después, partimos lejos,
por diferentes caminos,
en pos del mismo ideal
y de tanto trasegar,
resistir y vivir
sin claudicar,
al fin nos volvimos viejos
y curtidos veteranos,
que anhelamos
con tozudez pertinaz,
luchar duro hasta el final;
siempre unidos,
siempre ufanos,
de haber servido a Colombia,
como soldados en guerra,
como simples ciudadanos,
dos títulos que ostentamos
con orgullo imponderable
y plena satisfacción.

Pasados 50 años
de estrecha convivencia entre nosotros
y de feliz existencia,
nos queda por lamentar
el vacío insoportable,

nos ha causado la ausencia,
de entrañables compañeros,
que partieron los primeros,
al descanso celestial.

Más también llena de orgullo
la trayectoria trazada
por sus vidas ejemplares,
colmadas de ejecutorias
y de hazañas singulares,
con fulgores de heroísmo,
que glorifican la historia,
que escribimos entre todos
con amor y patriotismo.

Por éso es por lo que aquí,
quienes estamos presentes,
levantamos nuestras frentes
para decir sin ambages,
con orgullo y altivez,
que entregamos nuestras vidas
al servicio de la patria
y su supremo interés.
Y si mañana se alcanza
la paz de nuestra esperanza,
por la que tanto luchamos,
nos sentiremos honrados
por el óbolo aportado
y por haberle dejado

a nuestros hijos y nietos,
el camino despejado.

Con los queridos soldados
y todos los colombianos,
tan orgullosos y airosos,
de su tierra y de su estirpe,
de su presente y pasado,
que construyen el futuro
con esfuerzo denodado,
con su voluntad tenaz
y su batallar seguro,
en búsqueda de la paz,
que aunque distante y esquiva,
y ha costado tantas vidas,
ya se empieza a vislumbrar.

II. Los recuerdos.

Sería maravilloso recordar
cada momento vivido,
pero a ratos el olvido,
que nos llega con la edad,
poco a poco y sin piedad,
nos impide despertar
los recuerdos rezagados.
Más vamos a rescatar
los más valiosos y bellos,
que son aquellos,

que hemos podido guardar,
con celo de enamorados,
muy dentro del corazón,
que es el cofre que atesora,
ocultos y acrisolados
los secretos del amor.
Y lo primero que surge
en la mente,
es el recuerdo patente,
de la niñez más temprana,
que nos llega envuelto en llamas
y efluvios de tierno amor
y se convierte en candor,
en sonrisas,
en caricias,
en albricias,
en cometas que se elevan
y se pierden en el cielo
para nuestro desconsuelo;
en cuentos de hadas y espantos,
en cantos de villancicos,
en plegarias,
en rosarios,
en voces de campanarios
y en el sortilegio alegre
y el asombro alucinante
de contemplar el pesebre,
donde por arte de magia
y mística inspiración,

cabe y sobra el cielo entero,
con estrellas y luceros,
y la tierra esplendorosa,
que nos muestra vanidosa,
sus montañas empinadas,
valles, rios y quebradas
llenos de luz y colores,
y los inmensos verdores,
donde pastan las ovejas,
mientras cantan los pastores,
sus baladas y sus quejas;
y el mar inmenso y profundo,
que por celos con la luna,
llena las playas de espuma,
furioso y enloquecido,
aquí se muestra tranquilo;
y en el centro del paisaje,
adornado con celajes,
y una estrella rutilante,
en prodigioso contraste
que emociona y enternece,
aparece,
la choza tibia,
apacible,
indefinible,
humilde
como la paja y el heno
de la cuna,
donde nace el Nazareno,

Salvador y Rey del mundo.

Y toda esta remembranza
nos ubica en el hogar,
donde aprendimos de niños,
bajo el domo tutelar
de nuestros padres y madres,
a compartir el cariño,
a tener fe y esperanza,
a cultivar la labranza,
con lluvia o con sol quemante
y en situación apremiante
a rezar y perdonar.

En tanto nos van llegando
recuerdos de juventud,
que revelan la inquietud,
y el afán incontenible,
que entonces nos dominaba
de descubrir el amor
y conquistar este mundo,
y era tal nuestro vigor
y el deseo tan profundo...
que el riesgo y la aventura,
eran como una obsesión
que llevaba a la locura
y desbordada pasión.
Gracias a Dios que nosotros,
cuando entramos

a la Escuela Militar,
parece que despertamos
y dejamos de pensar,
en un mundo tan patético
y frenético
y elegimos caminar,
por una senda segura,
también llena de aventuras,
de sueños y de ilusiones
y de fuertes emociones,
pero en pos de un ideal
portentoso y sin igual.

Así empezamos a caminar,
por la senda rigurosa,
sorprendente, misteriosa,
excitante
y por siempre alucinante,
de la vida militar.

Es preciso ponderar,
la trascendencia que tuvo,
durante toda la vida,
la formación recibida
en la Escuela Militar.

La verdad es que ingresamos,
confusos, desorientados,
lejos de la realidad,
y salimos preparados,
con la más alta moral

y un concepto de la vida,
cimentado
en "Patria, Honor, Lealtad",
el lema que nos grabaron
en nuestra alma de soldados,
con trazos de eternidad.

Por éso al salir de aquí
con la mochila de ensueños,
soñábamos como el Quijote,
en dedicar con empeño,
"la lanza en ristre y la adarga
a enderezar los entuertos
y a proteger desvalidos",
vencer en muchas batallas,
contra "molinos de viento",
gigantes y forajidos,
para ganar las medallas,
que sirvieran de presea,
para ofrendar orgullosos,
a la hermosa Dulcinea
del Toboso,
y a nuestra Patria querida.

Así empezamos a recorrer,
los caminos de Colombia,
desde el mar hasta las nubes
que coronan las montañas,
cruzando ríos sin nombre,
despejando la maraña

de las selvas intrincadas,
durmiendo con las estrellas,
despertando en la alborada
con música de jilgueros,
que hacen coro con las voces
de los fuertes aguaceros,
de torrentes y cascadas,
y los vientos agoreros
de tempestades y truenos,
que hacen estremecer
y crujir,
y a veces hasta gemir,
los árboles sempiternos.

Así empezamos a conocer
y compartir
el dolor,
el amor
y las pasiones
del soldado colombiano;
los hermanos olvidados
e ignorados,
que aunque sintieran el frío
del páramo despiadado,
aunque estuvieran hambrientos
y sedientos,
aunque tuvieran fatiga
de jornadas extenuantes,
aunque estuvieran enfermos

y de fiebre delirantes
y aunque advirtieran la muerte
que esperaba agazapada
en la próxima cañada
o a la vuelta de la esquina
cruel, implacable, asesina...
Siempre estaban a nuestro lado
imperturbables, callados,
con sus rostros inmutables
pero con su corazón
abierto como una flor
y de ternura insondable,
y con ánimo dispuesto
más a dar que a recibir,
más al amor y al sentir,
más a vencer o a morir
por la Patria maltratada
y por ellos adorada.

Así también encontramos
el amor hecho mujer
y los hijos y los nietos
que en el quieto atardecer
es lo único que tenemos,
mucho mas de lo que ansiábamos
y pudimos merecer.

Gracias Oh Dios!,
por permitirnos llegar

a esta etapa de la vida,
donde no existen afanes,
donde todo nos convida
a descansar,
a agradecer y amar,
pues se han hecho realidades
nuestros sueños y ansiedades;
y todos los avatares
se han quedado en el olvido
y transformados,
en amores consentidos,
anidados
en una enorme familia,
jalonada por los hijos y los nietos,
tan alegres, tan inquietos
y dueños de su destino
que sólo sueñan amores
y esplendorosos caminos
de la tierra a las estrellas
y van siguiendo las huellas
de poemas y canciones
compuestos por desvaríos,
ilusiones,
fantasías, sentimientos
y pasiones.

Por éso es por lo que ahora
al mirar el porvenir
de nuestros hijos y nietos,

que no podremos compartir
por que se nos acaba la vida,
es nuestra mayor ambición,
que exhiban con pleno orgullo,
el honor y la decencia
que les dejamos de herencia
y por único blasón.
Lo demás.... vaya con Dios,
su corazón y su suerte,
la cordura y la locura
que se incuban, en el fondo de su mente.
Su vida apenas empieza
cuando empieza nuestro final,
ese es el ciclo normal
de la vida y de la muerte.

III. Oración.

En este mismo lugar
lleno de paz y de luz,
ante este altar, Oh Señor,
donde te encuentras expuesto
glorioso y resucitado
y levantado en la cruz,
por redimir del pecado
a toda la humanidad...
hoy hace 50 años,
con devoción y humildad,
absortos y suplicantes,

vinimos a encomendarte,
nuestra vida en plenitud,
los sueños, las ilusiones,
y ardores de juventud.
Y te hicimos mil promesas,
perdona nuestra franqueza,
pero en gran parte incumplimos,
confiados
en tu largueza y bondad,
y aunque tú ya conocías
nuestra frágil levedad,
pues eres sabiduría,
respondiste a nuestros ruegos
más allá de la ansiedad
de nuestros propios anhelos.

Todo lo que Dios nos dió,
se resume en el amor,
que se fundió
con ardor
en el seno del hogar
y se expresó en sentimientos:
de amistad,
de ternura,
fraternidad,
patriotismo,
magnanimidad,
heroísmo
y ha llenado nuestras vidas,

desde los propios cimientos,
de inmensa felicidad.

Hoy a tus pies regresamos,
a expresarte gratitud
y suplicarte de nuevo,
perdón por nuestras flaquezas;
no te haremos mas promesas
que podamos incumplir,
solo queremos vivir
y llegar,
al final de nuestros días,
en paz con Dios y la vida.

Y para rematar
nuestra oración suplicante,
queremos encomendarte
a nuestros hijos y nietos,
y a nuestra patria querida,
que ha encontrado su camino,
y aunque no llega al destino,
de la paz tan anhelada,
estamos en la alborada.

Hasta aquí hemos llegado,
unidos como hermanos,
y asidos de tu mano, ¡Oh! Señor,
hasta ti, queremos llegar,
ungidos y perdonados.

EL ABUELO

Siempre me estoy preguntando
en estos últimos años,
qué tan buen abuelo soy
y si mi comportamiento
tan huraño y tan severo,
aunque ajeno a lo que quiero
y a mi temperamento,
no está menoscabando
la relación tan dichosa,
valiosa y maravillosa
que comparto con mis nietos.
Y todo por que yo quiero
conservar muy en secreto
mi alma sentimental,
las angustias y las penas

que van secando mis venas
y mustian mi corazón
con trasiegos del amor;
y por que tengo además
una absurda pretensión
de demostrarle a mis nietos
que yo soy lo que no soy:
un hombre duro, altanero,
valiente y aventurero,
que desafía la muerte
con fría temeridad,
según los cuentos que invento
y que cuento
como si fueran verdad.

En el fondo lo que quiero,
es ocultarle a mis nietos
mis más íntimos secretos,
por que si los descubrieran
hallarian con sorpresa
y un poco de frustración,
que son muchas las flaquezas,
derrotas y desventuras
que he sufrido,
y muy pocas las proezas
y aventuras exitosas
que he tenido,
y que tales cuentos míos
son sueños y fantasías,

ilusiones, desvaríos,
que no pude realizar.
Pero es tal mi terquedad
y tan tenaz mi porfía,
que yo insisto todavía
que los puedo culminar
aunque esté cerca el final,
pues no puedo renunciar
a los sueños de mi vida.

Pero ocultar mis flaquezas
ya son vanas pretensiones,
pues todos ellos han visto,
en múltiples ocasiones
mi continuo claudicar
al caminar,
mi constante cavilar
con la cabeza agachada,
como buscando en la nada
las huellas de tiempos idos,
o si cargara los fardos
de los recuerdos lejanos
que va borrando el olvido.
También me asalta el temor
de abrirles mi corazón
y dejar al descubierto
su ternura y calidez,
y su candor y blandura
que tanto quiero ocultar.

Por éso lloro en silencio,
escondido y solitario,
las cuitas de mis amores,
mis temores y amarguras,
las frustraciones y engaños
que me suceden a diario
y me causan mucho daño.

Igual quisiera ocultar
las emociones que siento,
unas veces de tristeza
y otras veces de contento,
según fuere el devenir
de la vida de mis nietos;
y cómo mi pensamiento
no se aparta ni un momento
de soñar y de volar,
hacia un futuro lejano
para encontrarme con ellos,
cuando todos sus destinos
y sus venturosos sinos,
alcancen los apogeos
de los sueños y deseos
que hoy pululan en sus mentes.
Y entonces yo, al fin, cansado
de trasegar por el mundo
y cuando estén consumados
los sueños de vagabundo
que me llevaron tan lejos,

más allá de los linderos
que establece la cordura,
descansaré por un rato,
antes del viaje final
en el reino de la locura,
que es el limbo de los viejos
en su tránsito viajero
al mundo trascendental.

Mientras tanto aquí estaré,
fingiendo ser quien no soy,
pero amándolos a todos
donde quiera que yo voy.

Al fin y al cabo seré
un abuelo de verdad:
refunfuñón, querendón
embustero y fantasioso.
Y lo que me hace dichoso,
es contar con siete nietos,
que caminan presurosos
por extraños vericuetos,
en siete mundos distintos,
más virtuales que reales,
más en vuelos espaciales
que rasantes a la tierra.

Y que al mostrarles mi mundo
se han quedado asombrados
por los cambios tan profundos
que en poco tiempo se han dado,

y que a pesar de todo ello,
es tan bello percibir
que en el correr de los años
de vivir y compartir,
mas las raíces se entierran
y se ahondan y se aferran
a su terruño de antaño;
y el tronco de la familia
más se eleva y ramifica.
Y su flor que es el amor
en ramos se multiplica,
porque se ha alimentado
de la sabia que ha extraído
y vertido hacia las ramas,
ese abuelo tan huraño,
e incurable soñador,
que trata de disimular,
con su proceder extraño,
que está muriendo de amor,
de nostalgia y de pesar.

EI NIETO

(TOMAS PRIMERA NAVIDAD)

Cada vez que tú sonríes
con dos dientes
como granos de maíz
y me miras tiernamente
con ojos resplandecientes
y tu carita feliz...

Y me extiendes las manitas
calientitas y gorditas,
para que vaya a cargarte,
levantarte
y estrecharte...

Mi corazón se estremece,
desvanece
y se llena de alegría...

De allí surge la porfía
de vivir,
con la remota ilusión
de gozar y compartir
tu lejano porvenir
lleno de amor y pasión.

Más cada vez que tú lloras
o advierto que tú padeces,
mi corazón se entristece
y a mi Dios confiado implora
por tu salud y alegría.

Y sólo vuelve a latir,
tranquilo y acompasado,
cuando la risa aparece
y tu rostro iluminado
esparce dicha y ternura,
cual bálsamo refrescante
que al corazón jadeante,
(como el mío)
devuelve su afán de vida,
cuando estaba ya pérdida,
sumida en tristeza y frío.

Hoy es día de aguinaldos
y tú no tienes aún
los ocho meses cumplidos,
pero entiendes lo que digo,
pues desde cuando naciste
con la sangre de mi sangre
y el amor que te he vertido,
has visto como he gozado,
has visto como he sufrido,
te lo dice el corazón
que remplaza los sentidos
en las cosas del amor.

Tu abuelo

P.D.

Espero que en muchos años
cuando estés como yo ahora:
viejo, chocho y recargado
de innumerables recuerdos,
goces a todos tus hijos,
a tus nietos,
a tu esposa,
y a tu madre
y a tu padre
y a través de la memoria y la historia,

encuentres en este escrito
el amor de tus abuelos,
que es eterno e infinito.
Son mis mejores anhelos.

**EVOCACION
DE
INES PASTRANA DE VANEGAS**

Era dulzura y pureza
de panal y manantial
y en su alma de cristal
escondía su belleza
primorosa y singular.

Era ternura y amor
que vertía generosa:
en su voz de ruiseñor,
en su mirada de diosa,
sensitiva y vanidosa,
en su risa iluminada,
en su piel llena de miel

y saturada de aromas,
y en sus manos prodigiosas
que al posarse delicadas,
cual palomas,
hacían que el corazón
vibrara de la emoción.

Era paz y era armonía,
como el templo de su alma,
plena de luz y de calma,
de placidez y ambrosía.

Era una melodía,
que arrobaba y embrujaba
sentidos y corazones
y en sus notas traslucía
su tristeza y su alegría
y todas sus emociones.

Era sabia y prodigiosa.
Y a quien su amor acogía,
con sus manos milagrosas
le curaba sus heridas.
Y con sólo una mirada
su corazón penetraba,
lo colmaba y conmovía.

Tenía el don natural
de conocer a la gente,
recurriendo simplemente
a su clara inteligencia

y su palpito genial.
Fue lo que siempre aplicó
con una gran complacencia,
para acertar y ayudar.

Era tenue y delicada
como la ola y la espuma,
que moja la arena y calla
porque la burbuja estalla
y se muere desolada;
como una canción de cuna
que una madre embelesada
entre arrullos y murmullos
canta con voz apagada
para dormir a su niño;
y él, moviendo sus manitas
para tocar la carita
que se le acerca sonriente,
y balbuciendo susurros
que sólo la madre entiende,
le expresa tierno cariño.
Ella entonces extasiada
llora y ríe emocionada
y lo aprieta en su corpiño.

Hoy Inés esta en el cielo
y es una estrella radiante,
guía y luz de nuestras vidas,
que con rayos titilantes

(son sus ojos parpadeantes)
nos alumbra y nos convida,
a seguir siempre adelante,
tras su estela peregrina
que camina,
por senderos siderales,
plenos de paz y de amor,
que son goces celestiales,
que ella al mundo regaló,
pródiga e incondicional,
desde el día en que nació.

Todo ese ingente dechado
de virtud y de excelencia
que he tratado de señalar,
movido por sentimientos
de amigo privilegiado,
será mejor ponderado
y expresado
en el seno del hogar,
donde su amor y presencia
prodigó felicidad
y sigue haciéndolo ahora
y toda la eternidad,
pues les dejó por herencia
su corazón y bondad.

POEMARIO
SEGUNDA PARTE

DADME YA LA LIBERTAD

Estas cadenas que llevo
amarradas como sogas
a mi cuerpo macilento:
ya ni siquiera las siento
a pesar de que me aprietan:
 en mi cuello,
 en mis manos,
 en mis pies,
y en toda mi desnudez.
Cómo perforan mis carnes,
cómo maltratan mis huesos,
 cómo laceran mi piel,
que está cubierta de lamas
como troncos de cerezos

abandonados y viejos.
Pero lo que me atormenta
y hace mi sufrir tan cruel
y tan inicua la afrenta,
es no poder caminar
sin tropezar y caer,
es no poder abrazar
y sentir el palpitar
del corazón de otro ser,
es no poder expresar
el amor
y regalar una flor,
es no poder levantar
hacia el cielo la cabeza
a suplicar un consuelo,
sólo poder esperar
a que me rinda el dolor
y sucumba a la tristeza,
agachado contra el suelo,
humillado y sin chistar.

Y para acentuar
mi ignominioso tormento,
esta oscuridad tan negra,
que solamente se quiebra
por un rayito de luz
que penetra en mi aposento,
seguido de sabandijas,
a través de una rendija,

cuando empieza a amanecer.
Entonces la luz se acerca
hasta el borde de mi cama
y me llama,
con su tibieza y frescura,
más no se deja tocar
pues teme que mi ternura
y mi agobiante amargura
conmuevan su corazón,
y luego se va alejando
callada y languideciente,
hasta desaparecer
convertida en arrebol
en el lejano poniente
vestido de atardecer.
Así ha llegado la noche.
Yo la distingo del día
por que hay silencio de ausencia
y de cruel melancolía
y mi soledad porfia
en acentuar su inclemencia
y hacer mi celda mas fría.
Entonces mi pensamiento,
que no ha sido encadenado,
vuela con la imaginación
en afán desesperado
por salir de esta agonía
y cambiar la situación.
Y así, como en un ensueño,

se adormilan mis sentidos...
y aparece el firmamento
donde todo es un portento
en esta noche estrellada:
una luna enamorada
es sorprendida in fraganti
acosando a los luceros,
que le temen y le huyen
a sus ojos hechiceros.
Al contemplar esta escena,
me invade una sensación
de una placidez serena
y una paz de eternidad,
que invita a mi alma a volar
en pos de la libertad.

Y esta visión o quimera,
que he logrado en un sopor
captar tan a la ligera,
la ha interrumpido el dolor,
y me he vuelto a despertar
atado a estas cadenas
y a las penas
que al fin me van a matar.
Porfiando en sobreponerme,
concentro mis pensamientos
hacia los tiernos momentos
compartidos,
con los seres más queridos;

y en vez de encontrar aliento
y alivio a mi sufrimiento
con tan hermosos recuerdos,
se acrecienta mi tristeza,
pues me invade la nostalgia
con su vacío de ausencia
de tantos seres que amo
y que llamo, en mi silencio abisal,
y que me aman,
y que imploran,
y que lloran,
y que rezan,
y que claman, ayuda providencial,
y que sienten como yo
la frustración, la impotencia,
de combatir la demencia
de unos seres inhumanos,
que no tienen corazón,
conciencia,
ni compasión.

Así en estas condiciones,
son tantas las emociones
que agitan todo mi ser,
que no puedo contener
mis lágrimas y sollozos
y sufro una conmoción
que me postra
y que me arruina

mi voluntad de seguir.

Es entonces cuando quiero
enloquecer y perder
la noción de mi existencia,
pero una voz interior
llena de fuerza y amor,
me dice que tenga fé
y ponga en manos de Dios
y su justa voluntad
mi vida y mi libertad.

Y cuando escucho esa voz
tan cercana del Dios Padre,
yo ya sé que es de mi madre
que me invita desde el cielo
a rezar y a perdonar,
para encontrar el consuelo
y la verdadera paz.

Desde entonces conmovido
y decidido

por el consejo materno
rezo a diario esta oración
que le ha devuelto la calma
a mi alma atormentada
y la fe y la esperanza
a mí dolido corazón:

“No puedo mas ¡Oh Señor!
con esta cruz tan amarga,
si esta situación se alarga

voy muy pronto a sucumbir.
¡Ayúdame por favor,
así no quiero vivir!
¡Por amor y por piedad,
dadme ya la libertad!
Y a mis secuestradores:
cámbiales su corazón
para que aprendan a amar,
en vez de odiar sin razón
y sin tener compasión”.

SUPLICA

Por piedad se lo suplico
devuélvanme a mi hijo.
No pueden ser tan malvados,
tan crueles y despiadados,
que este dolor de una madre
angustiado y suplicante,
no ablande su corazón
y los mueva a compasión.

Desde cuando secuestraron
al hijo de mis entrañas,
no he dejado de llorar,
de suplicar y rezar

por su dichoso regreso:
a mis brazos,
a mis besos,
al calor de mi regazo.

Más no encuentro una respuesta
a mi suplica y lamento.
Si acudo a los victimarios,
se acrecienta mi tormento
porque están empedernidos
y engreídos
en su brutal egoísmo;
parece que sus sentidos,
su alma y su corazón,
fueran sólo un instrumento
preparado y programado
para dar satisfacción
a su fatal ambición,
y a mostrar indiferencia
por el sufrimiento ajeno;
mientras más hacen llorar
es mayor su complacencia,
pues éso es precisamente
lo que quieren explotar.
Son de estructura virtual,
sin conciencia
ni ideal,
no es que sean sólo dementes.
Si acudo a la autoridad,

encuentro su voluntad
dispuesta en todo a ayudarme;
mas son tan altos los riesgos
de rescatarlo con vida
que su acción no es decidida
y es llena de incertidumbre.
He aquí otra razón
que aumenta mi pesadumbre.

Es entonces cuando advierto
que lo único que es cierto
es la asistencia de Dios.
Ese Dios que desde siempre
me ha asistido y consentido:
amoroso y bondadoso,
ilimitado y eterno.
Entonces he comprendido
que la mano a mi tendida
del Dios misericordioso
nunca me abandonará:
aunque tenga mil caídas
y volviera a claudicar,
estará fortaleciéndome.
Mas el dolor que me embarga,
me atribula y me enloquece,
me hace contradecir
mi fé en Dios y mis creencias,
hasta hacerme maldecir
y pensar cosas horrendas.

Es algo que desconcierta,
pero esa es mi condición
humana, frágil e incierta.

Ya dejé de ser quien era
y no sé al menos quien soy,
ni siquiera a donde voy,
será, lo que mi Dios quiera.
Por la fé, yo me resigno
a su santa voluntad
y misteriosos designios.
Pero antes de que yo muera
arrostraré cualquier riesgo,
con tal de ver a mi hijo
y sentir su corazón,
y auscultarlo hasta escuchar
cómo es que pulsan sus venas
la sangre que yo le di
con mi amor
en transfusión
y que siempre la sentí
en él y dentro de mí.

Y con todo el discurrir
de mi sentir y mi mente,
sólo quiero recurrir
a Jesús crucificado,
a ese amor tan acendrado
tan tierno y tan delicado

que ha dedicado a su madre.

Por eso quiero apelar
al ejemplo tan crucial
de aquella tarde sombría
de su transida agonía,
cuando pleno de ternura
en medio de la amargura
del Sacrificio Supremo,
la llamó en tono sereno
y amorosamente dijo:
"ahí tienes a tu hijo,
ahí tienes a tu madre".

El mundo conmocionó
y quedó todo en silencio,
callado y paralizado.

Y es que el mundo
que es a veces
tan impávido e indolente,
de repente,
se sintió muy conmovido
ante un Dios que enternecido
por el dolor de su madre,
se compungía y lloraba,
demostrando que la amaba
y sentía, como un niño.
Son esas mismas palabras
las que te pido, ¡Oh Señor!
¡que me digas, por favor!.

CORRUPCION

El peor mal de estos tiempos
que azota nuestro país
y amenaza su raíz
soberana y democrática,
es la corrupción rampante,
desafiante y autocrática,
que todo lo ha invadido
trastocado y pervertido.

Y en medio de la corriente,
para algunos seductora
y siniestramente atrayente,
que produce tal poder,
se ve arrastrado y golpeado
y a punto de perecer

el Cuerpo de la Justicia,
que se opone a la codicia
y a la aviesa impunidad.

Es aquí en este ambiente
de corrupción y maldad,
donde el malvado aprovecha
para crecer y surgir,
a costa de hacer sufrir
a víctimas inocentes:
que torturan y masacran
inclementes,
que secuestran y asesinan
de rodillas, impotentes,
que extorsionan y que arruinan
bajo amenaza de muerte,
que cohechan y silencian
o acusan y vilipendian,
que reclutan y utilizan
como esbirros y sicarios.
Así siguen muy campantes
y pedantes
de sus rastros sanguinarios
que exhiben como ideario.

Y como gran paradoja,
que sonroja,
en Colombia hay mucha gente
valiente y comprometida

en la lucha contra el crimen,
que hoy se encuentra perseguida
acusada y deshonrada,
victima de la ignominia,
el oprobio y la calumnia,
generada por las fuerzas
prepotentes y perversas
de expertos en "guerra sucia"
y habilidosas argucias
que aplican con contumacia
contra aquel que se oponga
a sus nefastos designios
o que invada sus dominios.
Y han sido tan insidiosas
y eficaces sus falacias,
que han logrado doblegar
la indolente voluntad
de una incauta sociedad
que es incapaz de afrontar
una amenaza patética,
por estar comprometida
y engreída,
con una pasión frenética
en su propia mezquindad.

Y tantas atrocidades
que cometen impasibles,
no les parecen terribles
a los propios cabecillas

de esas téticas cuadrillas,
pues pasmosamente aducen
que la doctrina que guía
las acciones que conducen,
reza en todos sus mandatos
que "el fin justifica medios".

Sin confesar que ese fin
sea su propia codicia
de riqueza y de poder
y que todo el altruismo
que antes fuera su primicia
dejó su razón de ser.

En aras de la verdad
o mejor de la maldad,
la doctrina que se impone
es un crudo fanatismo,
fundado en el egoísmo
mas artero y desmedido
que jamás haya existido.

POEMARIO
TERCERA PARTE

DETESTO TODO

Detesto mi pensamiento
que no cesa de pensar:
 en tu boca,
 en tu rostro,
en tu forma de mirar,
 en tu cuerpo,
 en tu piel,
en los dichosos momentos
en que inundaste mi ser.

No quiere mi pensamiento
admitir, ni permitir
que exista en el universo:

otros ojos tan perversos
que matan sin parpadear,
otro rostro incomparable
de una belleza sin par:
ni en el cielo,
ni en la tierra,
ni en la placidez del mar;
otra forma de reír
tan alegre y contagiosa,
otro cuerpo
y otra piel
que brote incesante miel
como si fuera un panal,
otras manos mariposas
que al posarse cariñosas,
me hicieran desfallecer
de ternura y de placer.

Detesto comer,
reír,
cantar,
escuchar esa canción
que arrullaba nuestro amor,
soñar los sueños pasados
que nunca terminarían
de alimentar la ilusión
de regresarte a mi lado.
Sólo quiero revivir
las noches y amaneceres

y los días, que contigo compartí,
y olvidar que estoy sin ti
perdido y desamparado.
Mas parece un imposible
que pueda resucitar:
tu corazón en pavesas
y del todo enajenado
en rescoldos del pasado,
y mi alma que está presa
abatida y consumida
en esta pasión terrible
que la tiene constreñida
al dolor y a la tristeza.

Detesto ver el paisaje
en las tardes de arreboles
y celajes:
tanto verdor,
tantos soles,
tanta brisa,
tantas sombras,
que se mueven y se alargan
sobre la luz del ocaso,
dando paso
a luces crepusculares;
tantos encajes
de flores y colores
(así adornan los altares
los devotos pecadores);

tantos perfumes fragantes
que en tu cuerpo se resumen
embriagantes;
tanto prodigio y belleza
de la naturaleza
que en tu ser se mistifica
y a mi alma vivifica;
tantas aves que con prisa
van volando hacia sus nidos,
donde esperan descansar
y disfrutar tiernamente
los retozos de Cupido.

Me duelen los tiempos idos
cuando asidos,
vagábamos por los sueños
de fantasías y empeños
creyendo en el porvenir,
confiando en siempre vivir
felices y enamorados
y sin duda ilusionados
en que el amor es eterno,
y saber que en un instante
se convirtió en un infierno
pavoroso y agobiante.

Y fué tan desconcertante
que me puso a delirar,
a gritar y a maldecir:

“porqué te tengo que amar
si me haces tanto sufrir?
porqué no puedo acabar...?
porqué el olvido ha borrado
los recuerdos de mi mente
y solamente ha dejado
que permanezcan los tuyos,
patéticos e inclementes?”.

¡Detesto que seas así!
tan hermosa e imponente
y para colmo de males
tan fría e indiferente.

AFAN POETICO

Quisiera lanzar al viento
las sensaciones que albergo,
no se bien si es en mi pecho
en mi mente o en mis huesos;
y transformarlos en versos,
que hablarían sin parar,
de amores y de dolores,
de soles, lunas y estrellas,
de música y de silencios,
de vientos y tempestades
con centellas,
de perfumes y colores,
de mares y de lugares

perdidos y sin anales,
que Dios creó al azar.
Mas con tantas emociones
que mantengo acumuladas
puedo decir casi nada,
porque se ahogan y agolpan
y surgen atropelladas.

Si es de sol, luna y estrellas
hablamos de las más bellas
creaciones del universo,
a tal punto indescriptible
que ha resultado imposible
alguna definición,
aunque todos los poetas
embebidos y embrujados,
en sus versos le han cantado
a su belleza sin par,
sus misterios y poderes
que ejercen sobre los seres
de toda la creación.

Al referirnos al sol
pensamos siempre en la luz,
el calor y la energía
que con el agua y el aire
son las fuentes de la vida.
Mas sólo quiero pensar
en el diario discurrir,
en frescos amaneceres,

en tibios atardeceres
y el cenit canicular,
para así poder sentir
toda su fuerza vital.

Si de lunas y de estrellas,
hablamos de esplendidez,
armonía y placidez
para amar y descansar
y mirar fijo hacia el cielo
y en un vuelo,
de loca imaginación,
recorrer el infinito,
tras los hitos
que nos conducen a Dios.

Si es de amores y dolores,
sólo quejas y lamentos,
imaginarios temores
y tormentos
alcanza mi alma a mostrar
y un deseo incontenible
de besar y consentir,
de abrazar y de llorar,
para hacer que sea ostensible
el amor que me consume
y que no puedo decir.

Si es de música y silencios

la percepción de mi oído
que se traslada a mi alma
hace vibrar mis sentidos,
los excita, los acalla,
y los colma de emoción.

Entonces la melodía
que escucho ensimismado,
por su ritmo acompasado,
se va hundiendo en el mutismo
de los profundos abismos
que tengo en mi corazón,
y los llena de armonía,
de paz y tranquilidad
y una inefable alegría,
que ahuyenta mi soledad.

Si es de viento y tempestades
con centellas,
veo la naturaleza
que destella
por su máxima grandeza
y ostentación majestuosa
de su fuerza y potestades,
y se impone desdeñosa
a la condición humana,
tan débil y aun ufana
de tener gran fortaleza
y otras muchas veleidades

con que oculta sus flaqueza.

Si de perfume y colores
identificamos las flores
que muestran con esplendor
el proceso de la vida:
primero surge el botón
que se convierte en capullo
y al fin se abre la flor
que es el signo del amor:
todo es perfume y color
diluído en rica miel,
todo es tersura de piel
que se palpa en la corola,
todo es temblor y pasión
en el idilio
que empieza
entre estambres y pistilo,
al sacudirlos la brisa
las aves y las abejas,
que con prisa
los acarician y besan
y los dejan
transidos de la emoción,
en proceso de gestación.

Si son mares y lugares
perdidos en lejanías,
se piensa en mundos de ensueño
poblados de fantasías.

Si es el mar...
su inmensidad
y abisal profundidad
nos traslada a un lugar
a donde viaja el silencio
a dormir y descansar
del ruido del universo.
Mientras que en la superficie,
las olas y las espumas
dominadas por la luna
que secunda ávido el viento,
en un fortuito momento
se tornan tan procelosas
violentas y desastrosas
que rompen los arrecifes,
espolones y murallas
y arrasan fieras las playas,
olvidándose que aquí
debían llegar tranquilas
pues aquí van a morir.

Si son lugares perdidos
en lejanos horizontes
vagaremos incesantes
por los valles y los montes
hasta quedarnos dormidos,
soñando con Gulliver,
en países de "gigantes"

y de "liliputienses"
o en "caballeros andantes"
Don Quijote y Sancho Panza
y sus geniales sandeces.

Al término de estos versos
siento una gran frustración
porque conservo en mi pecho,
en mi mente y en mis huesos
la misma acumulación
de sensaciones inéditas e inauditas
que tenía al empezar.
Y que ahora nuevamente
parecieran infinitas
y al quererlas aflorar
se aprietan mas fuertemente
y ahogan,
por la ilusión de volar.

Acabo de descubrir
que el afán de los poetas
por escribir y cantar
es que no encuentran receta
para curar la ansiedad
posesiva y compulsiva
que embarga su corazón
y que quisieran vaciar
pero se vuelve a llenar
como un pozo de pasión.

EGOISMO VS AMOR

Hemos matado el amor
y alentado el egoísmo,
hasta caer al abismo
de la cruel desilusión,
el fastidio y el dolor
de la fría soledad
y el insultante mutismo.

Hemos matado el amor
sin consideración,
como se mata a una flor,
si se arranca de un tirón,
por no poder soportar
por envidia y mezquindad
su belleza y su color.

Así lo hicimos los dos
con nuestra felicidad:
no pudimos soportar
su calor e intensidad
dada la mediocridad
para sentir y gozar,
para dar y consentir,
tolerar y perdonar.
Y a la gran voracidad
de reclamar y exigir,
sin mucho que merecer
para poder recibir.

Hemos matado el amor
porque nos faltó valor
para una entrega total
de nuestros cuerpos y almas.
Esto nos lleva a pensar
con bien calculada calma,
que no supimos amar,
que nuestro amor fue virtual
sin fuego que lo abrazara
para que ardiera y quemara.

En medio de la confusión
por lo que pienso y que siento,
y tanta contradicción,

me pregunto y no repondo:
¿A que debo este tormento
y este deseo tan hondo
por volvernos a encontrar?
Que responda el corazón,
no son cosas de pensar.

SOLEDADES

Amo la soledad
que anida el fondo de mi alma,
porque allí nace la calma
y ese silencio profundo
que me permite soñar,
desprenderme de este mundo,
encontrar la libertad
y alas para volar.

Y es que la imaginación,
que es la facultad creadora
que nos asemeja a dios,
si la abres y la sueltas
para que vuele resuelta
por el cosmos infinito,
crea la ansiada ilusión

de sustraerte de todo
lo que conoces y ves
en este mundo finito,
y de llevarte tal vez
mas allá del universo,
donde muy pronto estarás
descubriendo, recreando
o pergeñando,
mundos que estaban inmersos
y perdidos,
en los confines del tiempo,
el espacio y el olvido.

Y en esa cosmovisión
de silencio y de quietud,
te invade una sensación
de serena plenitud,
de paz y de libertad,
de amor y de eternidad.

Pero la mas trascendente
descollante y elocuente
es la sensación que emerge
anunciando la existencia
y la ostensible presencia
de un Dios Supremo y Creador,
en la armoniosa belleza
y absoluta perfección
de la naturaleza,

que aquí muestra su esplendor.

Pero hay otra soledad
que es tan triste y agobiante
que produce una ansiedad
angustiosa e incesante
de fuga y fatalidad.
Es la soledad de amor
que causa la ingratitude
de los seres que se aman;
llena el alma de inquietud
de dolor y de temor
y una horrible sensación
de ausencia y de vacío,
de acuciante escalofrío,
de fracaso y abandono
que se transforma en encono
como propia reacción
a la inicua situación
que se tiene que afrontar,
y que no podrá aguantar,
presa de la postración
y la desesperación
que reclaman el final.

ANSIEDAD

He buscado el amor
durante toda mi vida
y aunque ha sido una ilusión
que ha resultado fallida
no ha perdido su vigor.

Y es que en mi atardecer
hundido en mi soledad,
en vez de languidecer
se redobló la ansiedad,
guardada en mi corazón
por vivir y por amar.

Siempre he buscado el amor.
Cuantas veces lo he encontrado
tantas otras lo he perdido
por mi culpa y sin razón,
como si una maldición
me llevara a la locura,
me quitara la cordura,
trastornara mis sentidos
y enervara el corazón.

Afronto la realidad,
mi tiempo se está acabando.
Vivire siempre buscando
satisfacer mi ansiedad.

Serán años, serán días,
el tiempo que a mi me resta?
me importa es vivir la vida
como si fuera una fiesta,
con toda su intensidad.

Es por éso mi porfía
de buscar hasta encontrar,
lo que sienpre he anhelado
con afán desesperado.
Basta tener esperanza,
pues el amor es al fin
la ilusión que no se alcanza;
es algo en el porvenir,
que alienta tu corazón
y al que te quieres asir.

Por éso yo comprendí
que mi ilusión está en ti,
y que no quiero otra opción
desde ya, hasta morir.

